

# VEGANISMO

De la teoría a la acción

*Salvador Cotelo*



La relación y el trato del ser humano con el resto de animales a lo largo de la historia se ha basado en las ideas de dominación y explotación por el simple hecho de no pertenecer a nuestra especie. Granjas factoría, laboratorios, zoos o espectáculos de entretenimiento son sólo algunos ejemplos del papel que les es asignado a los animales en la sociedad actual. Este es el fruto de una concepción cultural fundamentada en la idea de que los animales son recursos para nuestro beneficio.

“Veganismo: de la teoría a la acción” analiza desde una perspectiva ética cuestiones vinculadas con los derechos animales así como las diversas formas de explotación que padecen los animales hoy en día, promoviendo al mismo tiempo una alternativa hacia el veganismo. De igual modo, recoge las distintas formas de activismo que se han empleado en el movimiento de derechos animales a nivel global desde sus comienzos en los años 70.

Queda permitida y recomendada la reproducción total o parcial de estos textos únicamente para el debate y la difusión anticomercial.

*A las víctimas del especismo.*

# Prólogo

---

Hace unos años llegó por casualidad a mis manos un libro sobre el respeto a los animales. Al principio no le presté mucho interés, pensé que yo ya era un amante de los animales y el libro no me podría aportar mucho. Desde niño había sentido pasión por ellos y me consideraba incapaz de hacerles ningún daño.

Sin embargo, el planteamiento de ese libro era totalmente contrario a la educación que había recibido en mi familia y en la escuela. El autor afirmaba que para respetar a los animales había que dejar de utilizarlos como un recurso y para ello aportaba como única solución una forma de vida libre de productos de origen animal. Según él, yo, a pesar de amar a los animales, los estaba explotando para mi beneficio.

Mi primera reacción fue de rechazo e indignación. Me sentí insultado. Pero afortunadamente seguí leyendo. Me propuse valorar sus ideas desde una perspectiva objetiva e intentar contraargumentar lo que esa persona decía. Poco a poco la idea que me habían inculcado de que los animales existen para servirnos se fue desvaneciendo. Empecé a pensar que los cerdos, las gallinas, las vacas, las ovejas o los peces merecían ser respetadas igual que mi perro o igual que yo. Me di cuenta de que son individuos con intereses e inquietudes y que tienen capacidad de sufrir y disfrutar de la vida.

Pensé que, en el fondo, lo que el autor de aquel libro estaba diciendo era razonable. No podía respetar a los animales y a la vez comérmelos o vestirme con sus cuerpos. No podía hablar de derechos animales sin antes respetar su derecho a la vida o a la libertad. Decidí que progresivamen-

te dejaría de utilizar productos de origen animal y adoptaría una forma de vida vegana.

Las primeras semanas como vegano me supusieron un esfuerzo. No conocía a nadie con estas inquietudes. Por aquel entonces en Internet había muy poca información sobre el tema y yo no sabía prácticamente nada sobre nutrición y cocina, así que pensé que no lo aguantaría. Echaba de menos la carne y, sobre todo, el queso.

Unos meses después de hacerme vegano, un día caminando por la calle paró frente a mí un camión cargado de cerdos que, sin ninguna duda, se dirigía al matadero. Fueron sólo unos segundos pero la imagen me impactó enormemente. Pensé en que dentro de unas pocas horas todos ellos estarían colgando de un gancho, más tarde serían descuartizados y envasados y dentro de unos días alguien se estaría comiendo sus cuerpos sin vida. Miré a mí alrededor y observé que nadie mostraba el más mínimo interés por esa dramática escena. Actuaban como si el camión estuviese cargado con mercancía, en lugar de con animales a los que llevaban a una muerte segura.

Aunque la imagen del camión de cerdos fue muy triste, para mí tuvo un lado positivo. Cuando el camión se alejó me sentí culpable por no haber sido capaz de hacer nada. Después pensé que yo, al menos, ya no tenía nada que ver con esas muertes. Afortunadamente ya no formaba parte de ese negocio. Desde entonces no he vuelto a echar de menos la carne, el pescado, los huevos o la leche; ni tampoco el cuero, la lana, los productos testados en animales, los circos o los zoológicos. Ahora, cuando veo un trozo de carne no pienso en su sabor. Pienso en cómo era la vaca, qué vida habría llevado y cómo habría sido tratada para acabar ahí.

Ha pasado mucho tiempo desde aquello y cada vez tengo más claro que cuestionarme el especismo y adoptar una forma de vida vegana es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Cada vez me interesa más el tema y creo con

más firmeza que todos los individuos con capacidad de sentir deben ser respetados por igual, sin tener en cuenta la raza, el sexo o la especie a la que pertenecen.

Ahora me siento más optimista con esta causa. Cada vez hay más grupos por la defensa animal que no luchan por jaulas más grandes o muertes menos dolorosas. Luchan para que los animales dejen de ser tratados como "algo" y pasen a ser tratados como "alguien". Organizaciones abolicionistas salen frecuentemente en la prensa fomentando el veganismo. Ahora muchos supermercados venden leche de origen vegetal, yogures de soja y muchos otros productos que hacen muy fácil llevar una alimentación totalmente vegetariana.

Es posible que estemos muy lejos de alcanzar una sociedad completamente libre de explotación animal. Pero cada vez que logramos que una sola persona se cuestione el especismo y se haga vegana estamos logrando librar a cientos de individuos de una vida de explotación y privaciones. Una vida que acaba cuando su "dueño" lo considera más rentable. No podemos olvidar que aunque sólo se consiguiese salvar una vida entre un millón, para ese individuo es muy importante y para los que creemos en los derechos animales también debería serlo.

# Introducción

---

Según los datos publicados por el Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, en el año 2010 murieron 798,2 millones de animales en los mataderos españoles. Esta cifra no incluye los peces asfixiados en las redes de los barcos de pesca, las víctimas de los laboratorios, los animales cazados en la naturaleza o todos aquellos que no llegaron al matadero porque no soportaron sus condiciones de vida en las granjas.

La sociedad avanza y cada vez es más habitual que se cuestionen las actitudes de discriminación hacia otros seres humanos, pero las muertes de los animales no humanos son sólo una cifra más en una estadística. En este sentido, esta lectura invita a reflexionar sobre la manera en que tratamos a los animales por el hecho de no pertenecer a nuestra especie, promoviendo el fin de su explotación e informando a su vez sobre las distintas formas de activismo en defensa de los animales.

Para ello, la obra está dividida en dos partes: “La teoría” y “La acción”.

La primera analiza desde una perspectiva ética cuestiones vinculadas con los derechos animales y con la discriminación en base a la especie, comparándola con otras formas de exclusión social como el racismo, el sexismo o la homofobia. De igual modo, se muestran en profundidad diferentes formas de explotación que se llevan a cabo contra los animales, así como alternativas que promueven el veganismo.

La segunda parte da un paso más y se centra en el activismo por los animales, exponiendo y analizando las distintas estrategias empleadas por aquellos que deciden formar parte de la solución.

No obstante, antes de entrar en materia conviene apuntar varias aclaraciones terminológicas. En este libro se utiliza en ocasiones el género masculino para englobar a ambos sexos, sin por ello pretender dar una menor relevancia al femenino. Por otro lado, cuando hablamos de los animales, muchas veces olvidamos que los humanos también somos animales y que, como tales, formamos parte de lo que la Biología denomina “reino animal”. Resultaría artificioso en esta lectura —aunque no por ello incorrecto— recurrir siempre al término “animales no humanos” para referirnos a los que comúnmente denominamos “animales”. Por este motivo, en algunos momentos se emplea aquí la palabra “animal” bajo el significado de “animal no humano”, sin olvidar por ello que todos somos animales.

# La teoría

---

## **LAS DIFERENTES FORMAS DE DISCRIMINACIÓN**

Con el paso del tiempo se hacen patentes los muchos prejuicios que tenemos hacia otros y la injusticia que suponen. La homofobia, la xenofobia, el sexismo o el racismo son cada vez más cuestionados. Sin embargo, la discriminación en base a la especie, es decir, el especismo, pasa desapercibido y continúa siendo un tema ignorado y prácticamente indiscutible.

Uno de los hechos que más evidencia la gravedad del especismo es comprobar su similitud argumentativa con otras formas de opresión, como el sexismo o el racismo. Con este mismo propósito, durante todo el libro se va a comparar el especismo con las otras formas de exclusión arbitrarias. En todos los casos las ideas discriminatorias se basan en dos pilares fundamentales: la discriminación irracional o no argumentada y la discriminación argumentada.

### **La discriminación irracional o no argumentada**

La discriminación irracional o no argumentada es más un sentimiento de rechazo a lo extraño que un argumento.

Los humanos, al igual que el resto de animales, tendemos a acercarnos en ocasiones a aquellos individuos que consideramos más parecidos a nosotros. Esta similitud puede basarse en una misma nacionalidad, una misma raza, un mismo sexo o una misma orientación sexual, entre otros.

Así, si observáramos las relaciones en una sociedad heterogénea desde una perspectiva racial, comprobaríamos cómo la primera reacción de los distintos miembros sería la de vincularse con los de su misma etnia. Se ve reflejado, por ejemplo, en los barrios chinos consolidados en las grandes ciudades. Otro ejemplo incluso más evidente es la exclusión social que ha sufrido y sigue sufriendo la comunidad homosexual —homofobia— y, en especial, la transexual —transfobia.

Esta reacción de acercarse a quienes consideramos nuestros semejantes y rechazar a los diferentes, por el simple hecho de ser diferentes, es irracional y responde básicamente a motivos instintivos y, en especial, a causas culturales y a una educación discriminatoria.

En ocasiones, esta actitud irracional lleva a algunas personas a ejercer un abuso sobre aquellos a los que no consideran de su grupo, ya sea por ser de una raza, orientación sexual, nacionalidad diferente, etc. Para ellos, estas diferencias son en sí mismas motivo suficiente para la discriminación. Si se les pregunta, por ejemplo: “¿Por qué cree que un blanco merece un puesto de trabajo mejor que una persona de raza negra?”. Su primera respuesta será: “¡Porque es blanco!”.

Este pilar de la discriminación, al no estar asentado sobre una argumentación real, no se puede contraargumentar. Lo único que se puede hacer es pedir a quienes utilizan este criterio que expliquen por qué piensan que un color de piel, una nacionalidad o una orientación sexual diferente justifica un trato de menor consideración.

La discriminación hacia los animales no humanos, es decir, el especismo, también es apoyada irracionalmente de la

misma manera que las restantes formas de exclusión que se han mencionado. Al igual que en el ejemplo anterior, si se pregunta a un especista: "¿Por qué crees que un humano merece un mejor trato que un perro?". Su primera respuesta, seguramente, será: "¡Porque es un ser humano!". Se recurre al simple hecho de que los animales no humanos no pertenecen a nuestra especie para avalar la discriminación.

Una vez más, al no estar argumentada esta postura discriminatoria, es imposible rebatir la afirmación. Lo único que se puede hacer es tratar que esa persona justifique su postura con argumentos para poder así responder.

## La discriminación argumentada

Las corrientes de pensamiento racista han basado su juicio en la idea de que su raza es superior en inteligencia a las restantes. Por ejemplo, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán consideraba a los judíos una raza inferior y subdesarrollada, hasta el punto de referirse a ellos como "subhumanos" o "animales".

De igual modo, numerosos expertos y científicos han llevado a cabo estudios para demostrar la superioridad de su raza. Cuando los colonos europeos llegaron a América afirmaron que sus habitantes llevaban un modo de vida "primitivo", con un desarrollo tecnológico "muy inferior". Algunos lo utilizaron para sostener que eran "el eslabón perdido entre los animales y los humanos". Ese supuesto subdesarrollo cultural, tecnológico o intelectual les llevó a justificar su exterminio o esclavitud. Estos racistas sí que argumentaban su actitud de la siguiente manera: "somos

más inteligentes, podemos disponer de ellos para nuestro beneficio, al igual que hacemos con los animales”.

Ante este razonamiento, el primer impulso de quienes se oponen al racismo es alegar que no está demostrada una correlación entre raza e inteligencia. Sin embargo, esta aseveración es potencialmente racista ya que, ¿y si hubiese una correspondencia entre raza e inteligencia? ¿Estaría entonces justificada esa discriminación en base a la raza?

Desde una perspectiva antirracista se defiende que los derechos de un individuo no están relacionados con su capacidad intelectual o su raza, sino con su capacidad de sufrir y de disfrutar. Es decir, que aun en el caso de que hubiese una relación entre raza y cociente intelectual, la explotación no estaría justificada. Se compartiría el rechazo unánime y tajante hacia el supuesto de que personas con discapacidad intelectual se utilizaran como esclavas por el hecho de tener una capacidad cognitiva inferior; al igual que se repudiaría que los más capacitados intelectualmente explotasen al resto de la sociedad a su antojo. Si aplicamos este criterio a la cuestión racial, debe estimarse aberrante que unos individuos abusen de otros por considerarlos de etnia inferior.

El principio ético de igualdad afirma que los intereses de todos los individuos con capacidad de sentir deben ser valorados por igual, independientemente de su raza, sexo, religión, cociente intelectual, etc.

Desde el especismo, al igual que desde el racismo, se recurre también al argumento de la superioridad intelectual para justificar las mayores atrocidades contra individuos de otras especies.

Un defensor claro de esta postura discriminatoria es el filósofo y escritor Fernando Savater. Así lo afirmaba en una entrevista publicada por el diario *El Mundo*<sup>[1]</sup> donde, al igual que lo ha señalado en multitud de publicaciones y declaraciones, el filósofo apuntaba que los animales no tienen derechos por no tener ciertas habilidades que, según él,

sólo los humanos tenemos, como unas determinadas capacidades cognitivas o asumir obligaciones<sup>[2]</sup>.

Una vez más, el argumento de “podemos explotarlos porque somos superiores” queda anulado ante el principio ético de igualdad, que afirma que aun en el caso de que los miembros de otras especies tengan unas menores capacidades intelectuales, no está justificada su explotación.

## La relación entre la discriminación irracional y la discriminación argumentada

Analizadas ya las dos vías habituales de amparar la discriminación, veamos a través de una experiencia personal cómo es habitual toparse con casos de justificación del especismo y cómo la argumentación de los mismos queda invalidada.

Hace unos años mantuve un debate sobre vivisección con un catedrático de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid que llevaba a cabo experimentos de toxicología con animales no humanos. Le pregunté por qué estaba de acuerdo con utilizar animales y desaprobaba emplear humanos. Él me respondió: “nosotros somos humanos y ellos no”. Obviamente, estaba utilizando el simple hecho de pertenecer a una especie como justificación. En otras palabras, estaba utilizando el especismo irracional.

Para que yo pudiese rebatir su máxima, el vivisector primero tenía que empezar a argumentar, así que traté de que pasase del especismo irracional al especismo argumentado. Para ello le pregunté si, además del simple hecho de